

y de la doctrina; que debemos resplandecer como astros en medio de una nacion corrompida, y que el ocultar la luz es ser ingratos para con aquel Señor que la derrama sobre nosotros y nos ilumina; que la amistad solamente se funda en la verdad; que no es amar á nuestros amigos el verlos perecer, sin atrevernos á manifestarles el precipicio á que se van á arrojar; y que muchas veces es necesario tener valor para desagradarlos por serles mas útil. ¡Ah católicos! el mundo no teme publicar sus errores y máximas de muerte y de pecado, ¿y hemos de temer nosotros glorificar las verdades de la vida eterna? El mundo se precia locamente de su doctrina, ¿y nosotros nos hemos de avergonzar de la de Jesucristo? El mundo se atreve todos los dias á impugnar el idioma de la fe, oponiéndole sus ilusiones, ¿y hemos de temer nosotros el contradecir las ilusiones del mundo con el idioma de la fe y de la salvacion? El mundo se levanta insolentemente contra el Evangelio, ¿y no nos hemos de atrever nosotros á defender el honor del Evangelio contra el mundo? El mundo trata públicamente á la doctrina de Jesucristo de locura y flaqueza, ¿y hemos de guardar nosotros á sus locuras y errores un respeto que él niega á la verdad? El mundo no perdona á la virtud de los siervos de Dios, la desprecia y la hace asunto de todas sus burlas y censuras, ¿y la virtud de los siervos de Dios ha de perdonar á la corrupcion del mundo, y no se ha de atrever á cubrirla de la confusion que merece? Nosotros nos gloriamos, y nos parece que estamos obligados á defender los intereses de nuestros amigos contra los que se oponen á ellos; tendríamos por delito el callar, cuando en nuestra presencia se habla mal de su reputacion y conducta; el silencio nos parece entónces cobardía y aún perfidia; nos parece que no debemos respetar á los que ofenden en nuestra presencia á aquellas personas á quienes amamos, ¿y hemos de ser insensibles á los intereses de Jesucristo, de quien nos tenemos por amigos y discípulos? ¿Es posible que su gloria ultrajada todos los dias en nuestra presencia, no ha de mover nuestra indignacion y nuestro celo? ¿Hemos de juzgar que el silencio es una prudencia necesaria, cuando se ofende á su doctrina y al honor de su santa ley? ¿Hemos de temer desagradar á aquellos que no temen desagradarle? ¡O Dios mio! ¡Es compatible el que hayamos de ser vuestros, y el que nos hayamos de avergonzar al mismo tiem-

po de conocerlos! ¡Se puede componer el amaros, con querer ser amados de aquellos que os aborrecen! ¡No es juntarse con el mundo contra vos, el no atreverse á condenarle como vos le condenais!

Finalmente, católicos, el tercer modo con que nos hacemos culpados contra la verdad, es mitigándola y acomodándola á las preocupaciones y pasiones de aquellos á quienes tememos desagradar; y en esto es principalmente en lo que san Estéban nos confunde al mismo tiempo que nos sirve de modelo. Parece que hubiera podido usar de alguna mayor condescendencia con las preocupaciones y delicadeza de los pontífices y sacerdotes: parece que se hubiera podido contentar, como Gamaliel, con representarles que si la obra del Evangelio era obra de Dios, seria inútil el destruirla, y que si no lo era, ella se desvanecería por sí misma; pudiera excusar en algun modo su delito para con Jesucristo, suponiendo que ellos no habian conocido ni la divinidad de su mision, ni la verdad de su ministerio; podia suavizar las reprensiones que merecian por haber despreciado al Mesías prometido á sus padres; podia ponderarles la santidad de la ley de Moises, y alabar el celo y el respeto que hacian ostentacion de tener á sus preceptos y ceremonias; en una palabra, parece que al mismo tiempo que insinuaba la verdad, podia conceder alguna cosa á la flaqueza y preocupaciones de su pueblo; pero el santo mártir no conocia estas tímidas condescendencias y les llama sin detenerse, *corazones rebeldes é incircuncisos* (1); en vez de excusar su ignorancia, los acusa de que siempre están resistiendo al Espíritu santo; en vez de lisonjearlos con el respeto que tenian á la ley de Moises, se vale de este mismo motivo para confundirlos y condenarlos; en vez de ponderar los beneficios con que el Señor habia favorecido á sus padres, les reprende de que siguen sus pasos y de que añaden á la sangre de los profetas, en que habian manchado sus manos, la sangre del Justo que acababan de condenar á muerte; algunas veces llega á tal extremo el odio que tienen los hombres á la verdad, que no merecen el que con ellos se use de atenciones ni respetos; no porque la verdad pueda separarse de la caridad como diré mas adelante; no porque no se deban disponer los caminos á la luz

(1) Act. c. 7. v. 51.

con sabias precauciones, y falicitar la entrada en el corazon en donde se quiere introducir; no porque la verdad sea áspera, imperiosa, y apetezca mas la vana ostentacion de la victoria que el fruto sólido de la salvacion y la gloria de la utilidad; no porque no debamos ser flacos con los flacos para salvarlos á todos, hacer amable la verdad para que sea mas útil, ganar á los pecadores para sacarlos del pecado, condescender con su flaqueza para triunfar mas seguramente de sus pasiones, y no aplicar el hierro para curar las heridas hasta despues de haber adormecido, por decirlo así, con las palabras de paz y de consuelo la carne del enfermo.

Pero no quisera yo que se honrase con el nombre de prudencia aquella condescendencia culpable, que hace que en las conversaciones que tenemos con nuestros prójimos, hallemos siempre arbitrios para conciliar al mundo con Jesucristo. Seguimos las falsas ideas que el mundo se forma de la virtud; con pretexto de reprender los excesos, alabamos la utilidad y la perezza; concedemos al mundo y á sus costumbres mucho mas de lo que les concede el Evangelio; alabamos á los que viven retirados de la culpa, como si fueran perfectamente virtuosos; tributamos á las dotes de la naturaleza los elogios que solamente son debidos á los dones de la gracia; hallamos siempre, aún en aquellos vicios que condenamos en nuestros amigos, algunas circunstancias que les hacen dignos de excusa; nunca manifestamos la verdad con toda aquella extension que ella se nos manifiesta á nosotros; nos gobernamos por una falsa regla de caridad y prudencia, que es acomodarnos hasta cierto punto con las preocupaciones de aquellos con quienes tenemos precision de vivir; vivimos entre los hombres con un caudal de amor propio, que nos hace ingeniosos para conciliar los intereses de la verdad que aborrecen, con los de las pasiones que aman; nunca les hablamos con bastante claridad acerca de sus verdaderos intereses, y mezclamos la verdad, á la que no quisiéramos hacer traicion, con mil artificios que la ocultan á la vista. De este modo somos ocasion de error para los hombres, estos dejan la verdad que nosotros abrazamos, y se detienen en el velo que se la oculta; y de esto proviene muchas veces, católicos, que los mundanos viven con seguridad en sus distracciones, por hallarse favorecidos con los votos de los justos; por eso estamos oyendo todos los dias á los pecadores, que justifi-

can la vida del mundo, oponiéndonos muchos justos que no la condenan; por eso las falsas condescendencias de que algunos justos usan con el mundo, le sirven á este de justificacion y defensa, triunfa de nuestra cobardia, insulta nuestro disimulo, sabe aprovecharse de las mas leves condescendencias que alcanza de nosotros; y así para excusarse condena á los justos, y se vale para reprendernos de aquellos mismos medios que nosotros habiamos buscado para agradarle. ¡Gran Dios! ¿Es posible que se haya de poder comparar en nuestro corazon este mundo miserable con vuestra eterna verdad? ¿Es posible que todavía hayamos de procurar agradar á lo que miramos como tan digno de desprecio? y que al mismo tiempo que estamos desacreditando al mundo, ponderando su nada y su locura, conociendo tan claramente sus abusos y miseria, hablando tantas veces de sus ilusiones y quimeras, hayamos de usar con él de respetos, venerar sus máximas, desear su aprobacion, y guardar con él atenciones; y que despues de haberle abandonado, no hayamos de tener valor para condenarle y desagradarle?

TERCERA PARTE.

Bien sé, católicos, que la fortaleza para defender la verdad debe estar llena de suavidad y agrado, porque la verdad gusta solamente de unos defensores caritativos y afables: y esta debiera ser la última parte de este sermon; pero quiero concluir. ¡Con qué amor tan sincero á los judíos acompaña san Estéban la fuerza de la verdad que les predica! Mas compadecido de su ceguedad que de sus propios trabajos, levanta las manos á cielo pidiendo por ellos; insensible, al parecer, á los golpes que descargaban sobre él, solamente siente las desgracias que se disponen á sí mismos; ofrece la misma sangre que derrama para alcanzar el perdon de su delito; la barbaridad de estos desgarras su cuerpo, dando salida á los gemidos y súplicas de su corazon, con los que hubiera alcanzado que el Señor les mirase con misericordia, si su obstinacion no hubiera llegado al último punto. No temia la muerte, si esta pudiera servirles de medio para alcanzar su salvacion. Está viendo al Hijo del hombre sentado á la diestra de su Padre, y solamente puede turbarse la santa alegría que le anima, y la esperanza de que in-

mediatamente ha de ir á gozar de él, con la reprobacion de su pueblo, cuyo decreto parece está leyendo en aquella vision, grabado con caractéres inmortales en las columnas del templo celestial. No pide venganza contra aquellos asesinos, no exclama como Job: *Tierra, no ocultes mi sangre*, y deja que suba su voz hasta el trono del Todopoderoso, solicitando su venganza contra los bárbaros que la derraman: *Terra ne operias sanguinem meum* (1). Y no pudiendo alcanzar la salvacion del pueblo que quiere perecer, alcanza á lo ménos la conversion de Saulo, que era cómplice en el delito de su muerte. Su sangre derramada es como una santa semilla, de donde algun dia ha de salir este nuevo apóstol: sus oraciones le disponen ya los auxilios, que de perseguidor le han de convertir despues en vaso de eleccion, y en espectáculo digno de los ángeles y de los hombres; y si su celo no pudo conseguir que la infiel Jerusalem conociese á Jesucristo, á lo ménos su muerte forma un ministro poderoso en obras y palabras, que algun dia le ha de dar á conocer á toda la tierra.

Tales son, católicos, los defensores que se forma la verdad; la caridad es la que les proporciona las victorias; es necesario desear la salvacion de aquellos cuyos errores impugnamos. La verdad casi siempre halla corazones rebeldes, porque apenas halla defensores que no sean desagradables y poco caritativos. Muchas veces en los consejos que damos á nuestros prójimos, tenemos mas deseo de mortificarlos que de instruirlos; muchas veces solamente nos desagradan sus defectos, porque ya nos son odiosas sus personas; muchas veces al mismo tiempo que defendemos la verdad, mas intentamos vencer nosotros, que el que ella venza; muchas veces no buscamos realmente la verdad, sino que seguimos nuestro genio; muchas veces, con pretexto de vengar sus intereses, no nos pesa de vengar los nuestros propios; muchas veces cuando reprendemos á nuestros prójimos, mas queremos triunfar con sus faltas, que levantarlos caritativamente de sus caídas; muchas veces nos da mas contento el ver sus extravíos, que el que recibiríamos de verlos dóciles á la verdad, cuyos intereses parece que defendemos; muchas veces nos alegramos interiormente de su ceguera, al mismo tiempo que estamos dando muestras de no omitir

(1) Job. . 16. v. 10.

diligencia alguna para atraerlos al conocimiento de la luz; muchas veces el ver en ellos vicios, es porque tenemos envidia á sus virtudes; finalmente no hay cosa mas rara que el juntar á la verdad con la caridad. Y de esto proviene, católicos, que los que están sujetos á nosotros, regularmente miran nuestras instrucciones como censuras; que los hijos, los inferiores, los criados miran nuestras correcciones como genio que altera, y no como caridad que edifica; nos miran mas como implacables censores de sus flaquezas, que como caritativos médicos de sus llagas; y perdemos para con ellos las utilidades de la verdad por los defectos que mezclamos en su defensa. De esto proviene que los justos hallen en el mundo mas censores que los condenen, que imitadores que los sigan: porque muchas veces se ciñen á desacreditar los vicios de sus prójimos, y manifestando mucho celo contra sus defectos, no manifiestan bastante compasion de sus flaquezas; con el pretexto de no perdonar al vicio, no perdonan tampoco al pecador; en sus reprensiones muchas veces parece que mas intentan alabar sus virtudes propias, que compadecerse de los desórdenes que reprenden; y haciendo odiosa la virtud á los pecadores, hacen que la verdad parezca estar vestida de todos los defectos que solamente son propios de ellos mismos.

De esto proviene, finalmente, que nuestras reconciliaciones con nuestros enemigos casi nunca son sinceras, porque no es la caridad quien las forma. Nos tratamos, pero no nos amamos; se restablece la correspondencia, pero los sentimientos siempre son los mismos; se juntan las personas, pero los corazones siempre permanecen separados; son distintas las exterioridades, pero el interior siempre es el mismo; el aborrecimiento se viste de las apariencias de la caridad, se contiene, pero no se apaga; nos tributamos mutuos respetos, pero no el amor, sin el que todo lo demas nada vale; añadimos al delito del rencor el del disfraz y la impostura; y muchas veces, aunque tenemos de nuestra parte la razon y la verdad, no por eso somos ménos culpados en la presencia de Dios, porque no tenemos la caridad que todo lo sufre, y de la que siempre somos deudores á nuestros prójimos.

Estas son las instrucciones que hoy nos da el generoso mártir cuya solemnidad nos junta en este santo lugar: la verdad halló en él un defensor ilustrado, un defensor intrépido y un

defensor caritativo y afable. ¡ Qué consuelo para vosotros, católicos, es hallar todas estas prendas en el pastor fiel que el Señor os ha suscitado en su misericordia! esto es hallar un doctor sabio que os instruya, un ministro recto que os corrija, y un padre amoroso que os socorra y consuele en vuestros trabajos, y os facilite á todos los caminos de la vida eterna. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN ESTÉBAN, PROTOMÁRTIR.

(DE TRONCOSO.)

Stephanus plenus gratia et fortitudine, faciebat prodigia et signa magna in populo.

Estéban lleno de gracia y de fortaleza, obraba grandes prodigios y milagros en el pueblo.

Act. c. 6. v. 8.

Hé aquí el grande elogio que las sagradas páginas hacen del insigne santo que hoy honramos con la iglesia católica: «Estéban lleno de gracia y de fortaleza, obraba grandes prodigios y milagros en el pueblo.» Convengo, señores, en que no puede decirse mas en breves palabras de un hombre mortal. Convengo en que la gracia le previno desde luego con sus mas abundantes bendiciones, y no estoy ménos persuadido de que no cedió en fortaleza á cuantos le habian precedido, ni tuvo nada que envidiar á los que en pos de él vivieron. Empero ¿dónde están sus prodigios? ¿Cuáles son los sorprendentes milagros que le hicieron merecer una nota tan sublime en boca del mismo espíritu de Dios? Yo registro con avidéz los libros divinos; leo con atencion lo que acerca de él nos han legado á traves de tantos siglos los escritores inspirados, y cuando juzgaba hallar hechos extraordinarios, acontecimientos singulares, portentos, en fin, iguales ó mayores que los de los Elías, Eliseos y otros muchos de que hacen mencion las santas Escrituras, nada encuentro en este género que deba sorprenderme.

Así pensaba yo, católico auditorio, al preparar la materia de mi discurso, y me lamentaba con amargura de que tan parcamente hubiese hablado el autor de las Actas de los apóstoles